

## 0844. Santa Edith Stein

Pocas Santas modernas habrá tan queridas como Edith Stein, una judía cuya canonización por el Papa llenó de alegría a toda la Iglesia. Última niña entre once hermanos, joven seria, estudiosa, de talento privilegiado, nada piadosa, alejada después voluntariamente de su religión judía, filósofa atea, pero, eso sí, de una conducta moral siempre intachable. Se convierte a la religión católica, abraza la vida religiosa en un convento de clausura, y en la Segunda Guerra Mundial muere mártir *con* y *por* su pueblo judío.

*Soy judía alemana*, dirá siempre Edith, nacida en Breslau de la Silesia, hoy perteneciente a Polonia. Desde niña la llaman *Edith la inteligente*. La madre, mujer enérgica, al quedar viuda saca a flote a tantos hijos, a los que forma severamente en los principios de la fe hebrea, y les avisa ante cualquier mala acción: *¡Cuidado! Que eso es pecado...* Aunque al abrirse Edith a la juventud, abandona la fe, y dice ella misma: *Plenamente consciente de lo que hacía, y con una decisión del todo libre, dejé de rezar*. Edith se volcaba así en la incredulidad y en el ateísmo, pero Dios tenía puestos sus ojos divinos sobre un alma tan selecta.

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, se mete como enfermera de la Cruz Roja. Después, emprende otra vez los estudios, en los que sobresale casi como un genio. Saca el doctorado con brillantez y se convierte en una profesora singular de filosofía. Estudia, profundiza en la psicología y la fenomenología, pero la verdad —esa verdad que ella buscaba con pasión— se le presentaba cada vez más lejos, aunque la va a encontrar de la manera menos pensada. Hospedada en casa de unos amigos católicos, se queda una tarde sola en casa y agarra el primer libro que encuentra en la estantería. Era la Vida de Santa Teresa de Jesús escrita por ella misma. Nos cuenta Edith: *Comencé la lectura y quedé totalmente atrapada, de modo que no la solté hasta acabarla de un tirón. Cuando cerré el libro, me dije a mí misma: ¡Esta es la verdad!*

Sin perder un instante, se hace con un misalito y con un catecismo católico, va la Iglesia, escucha la misa, y llama al Párroco, que queda estupefacto cuando oye a la inteligente profesora: *¡Quiero en bautismo, ya, inmediato! - ¡Oh, no; espere un poco! Hay que prepararse.* El primero de Enero de 1922 recibía las aguas bautismales y la Sagrada Comunión.

Poco antes de leer la Vida de Teresa de Avila, Edith había tenido unas experiencias profundas en medio de su ateísmo. Muere un amigo en el frente de batalla, ve la resignación cristiana de la esposa, y se dice: *¡Esta es la luminosa realidad de la Iglesia, nacida de la Pasión salvadora de Cristo y comunicada a los que la abrazan! El judaísmo no me da esto. Hay que mirar a Cristo en el misterio de la Cruz.*

Y viene otra experiencia. En visita turística con unos amigos, entra por unos minutos en un templo católico, y nos cuenta: *Mientras estábamos en respetuoso silencio, llega una mujer con la bolsa del mercado, y se hinca en una banca para rezar. Esto era para mí una cosa totalmente nueva. En las sinagogas judías y en la iglesias protestantes que yo había visitado, se entraba sólo para el culto. En esta iglesia vacía, en medio de las ocupaciones del día, se venía a rezar en plegaria íntima con Dios. Esto ya no lo pude olvidar.*

Unos hechos sencillos eran las primeras gracias que preparaban a la incrédula para recibir la fe, y Dios, como un diestro, le daba la estocada final con las experiencias místicas de Teresa de Jesús.

Ya tenemos a Edith católica. A su madre, judía por todos los costados, le ha dado un disgusto mortal, y la hija amorosa lo siente profundamente, pero las exigencias de la fe son radicales. Desde ahora, Edith se considera más hebrea que nunca, porque ha conocido y se ha dado a Jesucristo, la esperanza suprema de Israel. Delante del Sagrario y ante la imagen de María, se sentía divinamente orgullosa, mientras se decía: *¡Eran de nuestra misma sangre!... ¡Hay que ver lo que significa para mí ser hija del pueblo elegido, y pertenecer a Cristo no sólo espiritualmente sino por parentesco de sangre!*

Edith, bautizada a sus treinta y un años, sigue en el profesorado con la competencia de siempre, mientras lleva una vida cristiana intachable, como dice una de sus alumnas: *Había una coherencia perfecta entre su fe y su conducta.* Y añaden otros testigos: *Se le podía encontrar a cualquier hora en la iglesia, pues aprovechaba cualquier momento para la adoración. Se pasaba horas ante el Santísimo Sacramento expuesto, y toda su persona irradiaba su unión con Dios.*

Por estudio y por convicción, Edith se enrola con vigor en el movimiento feminista, sobre el que dicta sabias conferencias. Al despedirla el alumnado, le lanzan en verso como un piropo y una profecía: *Igualdad entre la mujer y el hombre, y un día las veremos a ellas ocupando los ministerios.*

Edith no se sacia con nada, a pesar de sus estudios tan profundos. Sólo le llena Dios, y para darse a Dios del todo, se decide a entrar monja en el Carmelo. No todos sus directores están conformes, pues creen que un talento tan privilegiado hace más por el mundo y por la Iglesia como profesora y escritora. Pero Edith tiene la idea muy clara: *No es la actividad humana la que nos salva, sino la Pasión de Cristo, y yo no suspiro sino por participar de ella.* Toma el nombre de *Teresa Benedicta de la Cruz*, y escribe ya en el monasterio: *Este lugar es mi patria en la tierra y una grada para la patria celestial.* Muy pronto llegará a esa patria del Cielo.

Se desata la persecución de Hitler contra los judíos. Edith se siente totalmente judía y quiere participar de lleno en la suerte de su pueblo. Se ofrece a Dios como víctima, mientras se dice: *La crucifixión de la esposa es una fiesta nupcial.* Previendo un desenlace fatal, la trasladan de Alemania a otro monasterio de Holanda, que es conquistada por los nazis. Fichada, junto con su hermana Rosa es sacada del convento, cargada en el tren hacia Polonia, y el 9 de Agosto de 1942 moría en las cámaras de gas del terrible campo de concentración de Auschwitz, cerca de cuya entrada se lee hoy esta inscripción: *El amor será para siempre nuestra vida eterna.*